

102. Un adiós sereno y feliz

Aquel venerable sacerdote que nos visitó en ocasión de una fiesta parroquial, y que lucía con honor su espléndida calva, nos preguntaba con buen sentido del humor:

* ¿No soy muy jovencito, verdad? Pues les quiero decir una cosa. En mis bien pasados cincuenta años de ministerio, he asistido a enfermos incontables en el último paso de la vida. ¿Quieren saber a cuántos he visto malhumorados?... ¡A uno solo! Y lo cuento como una excepción singular.

Era una pena atender a aquel enfermo mientras él iba repitiendo con su lamento trístón: -*¡Morir! ¡Quién me lo iba a decir! ¡Qué pena!...*

Y realmente, ¡qué pena me daba a mí ver un hombre semejante!... Cuando mi experiencia me decía todo lo contrario: ni por casualidad te encuentras uno que no se sienta feliz. Y es natural. La gracia de Dios actúa en ese momento más que nunca. El enfermo cuenta con el auxilio de la Iglesia. Al que se marcha del mundo se le lleva la buena provisión para el camino, como es el Cuerpo del Señor —que por algo llamamos “Viático” a la Comunión última.

La experiencia de este viejo que les habla es el sentir verdadera envidia, porque me he dicho mil veces: -*¿Por qué este tío no querrá cambiarse conmigo?...*

Vamos a dejar al bendito Padre —que, dada su edad cuando nos hablaba, a estas horas ya no debe envidiar a ningún moribundo—, y nos fijamos, como creyentes que somos y para darle razón al cura viejo, en unas palabras del Catecismo de la Iglesia Católica, que nos dice: -*La Iglesia entera encomienda a los enfermos al Señor. Incluso los anima a unirse libremente a la pasión y muerte de Cristo... El cristiano que muere en Cristo Jesús sale de este cuerpo para vivir con el Señor (1499 y 1681)*

Estas palabras últimas, que son de San Pablo (2Corintios 5,8), constituyen la quintaesencia de la alegría cristiana al final de la vida, que no es un final, sino un principio de la vida que viene y es eterna.

Dos convertidos nos dicen lo que significó para ellos la visita del Señor que les llegaba con la Sagrada Comunión.

La famosa artista del teatro de París recibe los auxilios de la Iglesia, y sigue todavía seis meses sufriendo lo indecible. Jesús también la sigue visitando, traído por sacerdotes celosos del bien de la enferma. Y ésta, contagiando a todos con su alegría, repite muchas veces:

- *¡Jesús! ¡Jesús! Si el efecto de tus Sacramentos es tan intenso, ¿cómo va a ser lo que nos guardas en el Cielo?...* (Eva Lavallier)

Y el otro, que había ingresado en la Iglesia Católica donde podía recibir estos auxilios divinos, al despedir al Sacerdote que le ha traído por última vez al Señor, estalla de emoción ante los suyos: -*¡Qué bienestar! ¡Qué felicidad!... Vosotros, hijos míos, también experimentaréis el gozo que vuestro padre siente en estos momentos. ¡Bendigamos al señor, y llenémonos de alegría!* (Conde de Stolberg)

Puestos a relatar casos sobre esos momentos dichosos que nos esperan a los creyentes, un gran pensador francés y católico ferviente ve frustrados sus deseos de recibir al Señor. Los vómitos continuos le impiden aceptar la Sagrada Hostia. Y dice angustiado: -*¿De veras que no puedo comulgar y me voy a ir al Cielo sin que me acompañe Jesús?...* Y con su inteligencia vivísima, y su fe profunda, pide entonces a los suyos: -*Ya que no puede venir el Señor en el Sacramento, ¿por qué no me mandan a un*

sustituto suyo? ¿Por qué no buscan a un pobre que esté enfermo, me lo traen aquí, y lo cuidan como si él fuera yo?...

Un deseo como éste no podía ser desatendido. Buscan al enfermo pobre, lo colocan al lado del moribundo, y asistido así por el Señor se iba lleno de alegría el gran Pascal...

Todos estos casos nos dicen lo mismo. El Señor viene en socorro de los suyos que se despiden de la vida de acá, para empezar con dicha grande la vida que les llega ahora y que ya no se va a terminar...

Ese Pascal que pidió un enfermo a su lado es el que había dicho aquella frase angustiada: *-El hombre muere solo*. Es cierto. Y sin embargo, esa persona que se va muy sola se siente rodeada de una verdadera multitud. Porque acude junto a su lecho toda la gran familia cristiana, toda entera.

Empezando por Jesucristo, el primer asistente, que viene a recoger a quien es un miembro de su propio cuerpo. Viene, respondiendo a esa súplica que el moribundo le ha hecho muchas veces: *-En la hora de mi muerte llámame, y mándame ir a ti*. Por eso se presenta Jesucristo, en su Hostia blanca, invitando cariñoso: *-Aquí estoy. Ya ves que te he hecho caso, y he venido. ¡Vámonos!...*

Toda la Iglesia ha creído siempre que la Virgen María —la que se clavó firme y dolorosa ante su Hijo pendiente de la cruz—, asiste ahora a cada uno de los hijos e hijas que Jesucristo moribundo confiara a su Corazón de Madre.

El sacerdote, ministro de Jesucristo, viene en representación de toda la Iglesia, que despide a este hijo o a esta hija, para ponerlos en manos de Dios, el cual los creó precisamente para este momento supremo.

El mayor orador de Francia y Obispo, que, después de recibir los Sacramentos, moría en una paz admirable “sin hablar, sin ostentación, dócil como una oveja humilde del rebaño común de la Iglesia”, había exclamado antes: *-¡Venid, sacerdotes del Señor! Venid a sostener mi debilidad con vuestro óleo suave, purificador y confortador. ¡Con qué deseo tan intenso he querido recibir este sostén de vuestras manos consagradas!* (Bossuet)

Esto, y no otra cosa, es el ¡adiós! del cristiano que tiene la dicha de recibir esos Sacramentos benditos en la hora postrera. ¡Qué facilito se le hace el camino de la cama al Cielo!... Por algo el curita aquel, de tanta experiencia en la vida, tenía buena envidia de los que se marchaban. Cada uno de los que se van, dice cariñosamente a los seres queridos: *-¡Adiós, y hasta pronto!...*